



# Crecimiento estancado: desafíos y líneas de acción

Por: Carlos J. García, Ph.D. en Economía,  
University of California (LA), EE.UU. Académico  
FEN-UAH.



**D**espués de la recuperación de la pandemia, es importante analizar si la economía chilena crecerá a tasas que en el mediano plazo nos permitan alcanzar los niveles de desarrollos e ingresos que otras economías registran, como Canadá, Nueva Zelanda, Australia, etc.

Los desafíos no son menores, puesto que indicadores señalan que el país saldrá debilitado de la actual crisis para enfrentar este objetivo.

Según Daron Acemoğlu en su libro *Crecimiento Económico Moderno*, economista líder de estos temas del MIT, los más importantes determinantes del crecimiento económico son el capital físico, el capital humano y la tecnología, elementos destacados

por economistas tan diversos en sus ideas como Robert Solow y Robert Lucas. Según Acemoğlu, estos elementos más instituciones y reformas estructurales apropiadas son vitales para explicar por qué los países son exitosos o simplemente fracasan en sus esfuerzos de alcanzar niveles de ingresos altos. Las instituciones –cumplimiento de los contratos, de la ley y el orden, inversión pública etc.– permiten que la acumulación de capital físico y humano más el descubrimiento de nuevas tecnologías o adopción de estas se transformen en crecimiento y, en última instancia, en niveles de vida más altos para las personas de un país.

Si consideramos la inversión en capital físico y humano, las cifras son desalentadoras. La inversión la primera década de este

siglo, medido por el crecimiento promedio trimestral –desestacionalizado, respecto del período anterior, descontando la crisis financiera internacional– fue de 2,7%. En cambio, antes de la crisis de COVID, esta tasa era solo de un 1%. No hay indicios que esta situación haya mejorado después de esta crisis, la Encuesta de Expectativas Económicas del Banco Central registra una proyección del crecimiento trimestral de la inversión para el 2022 en torno al 1%, y un crecimiento del PIB de 2,5% para el 2023, casi la mitad del crecimiento potencial estimado hace veinte años. Sin duda, que el escenario de la inversión empeorará aún más por la decisión del Banco Central de acelerar drásticamente su aumento de tasas de interés de 75 pb en agosto, en vez de optar por una estrategia más moderada que de shock.

Por el lado del capital humano, colegios, institutos y universidades han trabajado

la robótica hará que Chile quede muy atrás de estas economías, haciendo prácticamente imposible el objetivo del desarrollo económico. Reformas parciales – comunes en los últimos treinta años – para mejorar el capital humano serán infructuosas, considerando el número escaso de científicos, ingenieros, técnicos, etc. capaces de interactuar con esta nueva tecnología.

Una economía con trabajadores menos hábiles también debilita el crecimiento económico. Mucho de este crecimiento a nivel mundial no ha sido solo por inventos que ocurren en un país u otro sino también por adoptar rápidamente nuevas tecnologías y adaptar las antiguas. Desde esta perspectiva, es imposible pensar que dejaremos nuestro rol de productores de materias primas o exportaciones de bajo valor agregado en el mediano plazo. Esto sin duda pone un techo a nuestra propia capacidad de inno-



mayoritariamente on-line por la pandemia, reduciendo su impacto educativo. Peor, la irrupción del trabajo robótico en el mediano plazo probablemente deje aún más atrás a nuestra fuerza laboral. Según mis cálculos, una vez que los robots comiencen a reemplazar seres humanos, la economía se contraerá en la primera década, recuperándose gradualmente, pero el empleo caerá en especial el femenino. Con relación a economías con alto capital humano, estos mismos cálculos indican que el impacto de

vación y de organizar los negocios. El surgimiento de firmas del tipo Amazon, Apple o Google con sus relaciones contractuales tan particulares entre firmas, firmas y trabajadores y firmas y el propio sistema financiero parecen ser remotas en Chile. En otras palabras, empresas con ingenieros, científicos y técnicos arriba de monopatines, cafeterías gratuitas, salas de juego, de siesta, etc. produciendo casi en total libertad nuevos productos y bancos e inversionistas dispuestos a financiar cada una de esas nuevas ideas

es una realidad lejana para nuestros startup criollos.

A este escenario negativo se debe adicionar otro elemento no menos traumático: la crisis ambiental. ¿Cómo se verán afectadas las ventajas comparativas con este cambio? ¿Podremos seguir exportando bienes agrícolas que son intensivos en el uso de agua y propios de un clima templado no desértico? ¿Cuánto subirán los precios de los alimentos que importamos? ¿Cuánto subirán los costos de producción el reemplazo de combustibles fósiles? Un sin número de preguntas, sin respuestas exactas. Como relata Philip Blom en su libro *El Motín de la Naturaleza*, la pequeña edad del hielo en Europa, que ocurrió entre 1570 y 1685, provocó un descenso medio de 2,0 grados Celsius de las temperaturas. Esto alteró drásticamente las corrientes oceánicas y los ciclos climáticos y provocó fenómenos meteorológicos extremos en todo el mundo. Todo esto significó enormes pérdidas de cosechas en Europa, la India, América, China, etc., en resumen, hambrunas e inestabilidad social.

La humanidad tuvo suerte y el frío retrocedió, sin embargo, en esta crisis actual ese retroceso no está asegurado. William Nordhaus, premio nobel de economía, en su libro *El Casino del Clima* explica que la naturaleza se comporta de una manera especial: está en vez de seguir trayectorias lineales, presenta puntos de inflexión, es decir, una vez que cae en un equilibrio malo podría quedarse ahí por miles de años. El punto de inflexión o de no retorno, según la ONU es 1,5 grados Celsius extras. Para evitar sobrepasar este límite se debe hacer una inmediata reducción a larga escala de los gases de efecto invernadero. Sin embargo, nada es gratis y, en el mejor escenario, esta reducción tendrá un costo enorme para todos los países, incluido Chile. La ONU remarca que hay que responder a esta crisis con solidaridad y valor, pero en mi opinión, el sistema capitalista en general no funciona con buenas intenciones, sino con incentivos y en este escenario se necesita un Estado e instituciones que corrijan los incentivos a generar emisiones de CO<sub>2</sub>.



*El remedio que hemos buscado es una nueva constitución, sin embargo, todos sabemos que una de las discusiones de fondo va más allá de redactarla, sino que incluye los ajustes que debemos hacer al sistema económico y, por tanto, las nuevas instituciones que adoptaremos para impulsar el crecimiento en estos tiempos difíciles*



El último punto en el análisis de los determinantes del crecimiento son las instituciones de nuestro país. Nuestra experiencia nos indica que reformas solo de mercados no son suficientes. Si bien nos aseguraron crecimiento en los últimos años del siglo pasado, la expansión de la economía se ha ido apagando. Con esto, la cara B del experimento ha emergido con más fuerza que nunca: la mala distribución de la riqueza y los ingresos y el descontento social. El remedio

que hemos buscado es una nueva constitución, sin embargo, todos sabemos que una de las discusiones de fondo va más allá de redactar esta constitución, sino que incluye los ajustes que debemos hacer al sistema económico y, por tanto, las nuevas instituciones que adoptaremos para impulsar el crecimiento en estos tiempos difíciles.

En el pasado países extraordinarios han sucumbido a los dilemas que la historia ha

planteado en tiempos terribles, por ejemplo, la República de Weimar en la Alemania pre Nazi. Otros en cambio han encontrado el camino correcto como Estados Unidos en la gran depresión o Europa, Japón y la misma Alemania después de la segunda guerra mundial, quienes lograron conjugar crecimiento con mejoras sustanciales en la distribución del ingreso con políticas públicas macizas y bien dirigidas. El actual presidente de los Estados Unidos ha seguido una estrategia similar. Sin olvidar la importancia del mercado, Biden ha sabido valorar la inversión pública para dar un gran reimpulso a la economía. No son simples transferencias al estilo Trump, sino inversiones de calidad en infraestructura y capital humano.

Si bien nuestra realidad es muy diferente a la de los Estados Unidos, marca una línea de acción interesante para estimular nuestra decaída economía. En vez de una discusión estéril entre mercado y Estado, debiéramos redirigir nuestros recursos escasos a inversiones públicas que aseguren, primero un salto único en nuestro capital humano, para que los más jóvenes puedan acceder a educación superior de muy alta calidad, es decir, una revolución educativa orientada hacia las nuevas tecnologías y a buscar soluciones imaginativas para enfrentar el cambio climático y sortear las restricciones que impondrá. Segundo, inversión en infraestructura para que nuestra economía siga siendo competitivo en los mercados internacionales (puertos, carreteras, embalses, nuevas energías, etc.). Ambos elementos son claves para recuperar el crecimiento de principio de siglo, por el contrario, con una población creciendo a un 1% cada año y sin mejoras en la productividad, nos acercaremos peligrosamente a un equilibrio con menos empleos y más inflación por aumento de costos. **OE**